

## REPOLITIZAR CREATIVAMENTE LA SOCIEDAD

(entrevista)

Revista de Crítica Cultural N° 20, junio 2000

Manuel Antonio Garretón

Nelly Richard: *A propósito del último escenario electoral, se ha comentado mucho las profundas mutaciones socioculturales acontecidas en Chile que afectarían tanto los estilos de la cultura política tradicional como el comportamiento de los votantes; se ha insistido mucho, por ejemplo, en que las pasadas campañas electorales de diciembre y enero evidenciaron el triunfo de las nuevas retóricas mediáticas de la videopolítica que trata al ciudadano como simple consumidor y su reflejo: los procesos de desideologización que rediseñan ahora la política en términos simplemente pragmáticos, de eficacia cotidiana. Para muchos, estas mutaciones de sentido estarían invalidando el análisis del juego político basado en categorías y oposiciones tradicionales como las de “derecha”/“izquierda”.*

*Fuiste de los pocos en señalar que, a tu parecer, la votación de los electores chilenos seguía rigiéndose por adhesiones políticas aún marcadas por un binarismo derechalizquierda, en una lógica parecida a la del Sí/No del Plebiscito de 1988. Criticaste también una tendencia general a sobredimensionar la influencia de las novedades de estilo en el proceso electoral; una tendencia que, en tu opinión, no hacía sino reforzar el mensaje despolitizador que buscaba transmitir la derecha. Mas allá de que los porcentajes electorales reflejen o no, numéricamente, ciertas franjas de adhesión política tradicionalmente reconocibles, ¿crees tú realmente posible desconsiderar el efecto de las notorias transformaciones de actitudes y sensibilidades en la sociedad chilena que produjo el dispositivo neoliberal –cuyas políticas de consumo han remodelizado la subjetividad social–, si incluso el equipo de Lagos tuvo que reajustar su campaña televisiva para sintonizar con el facilismo publicitario de Lavín y conquistar así más electores en el mismo lenguaje superficial y liviano –desdramatizador– que, en esta circunstancia, le pidió prestado a la derecha?*

Manuel Antonio Garretón: Yo jamás he negado que haya habido transformaciones estructurales y culturales en la sociedad chilena, que han desarticulado orientaciones y formas de comportamiento que nuestra generación consideraba un dato de la causa. Por el contrario, fui uno de los primeros en hablar del carácter fundacional de la dictadura militar, contra muchos de la oposición de entonces que se resistían a otorgarle ese carácter a una dictadura represiva y reaccionaria. Como muchas de esas transformaciones no fueron revertidas por el proceso contradictorio y no completado de democratización política, se han reforzado dos grandes tendencias en materia de orientaciones y comportamiento en la sociedad chilena. Por un lado la exacerbación del individualismo expresado en su manifestación de mercado: inseguridad,

competencia, exitismo, oportunismo, desnormativización de las conductas, consagración del ganar como sea sin pagar ningún costo, es decir, impunidad. Sería un error llamar a esto “comportamientos modernos”, aunque ellos se den en economías y sociedades modernas, porque aquí se expresa mucho más un individualismo tradicional y salvaje. La verdad es que este individualismo tiene tres caras: la eufórica de los que les va bien, la frustrada y desesperanzada de los que les va mal y la angustiada de los que permanecen en la incertidumbre. En los dos últimos casos se trata de un individualismo desencantado y defensivo, que deja a la gente a la merced de las coyunturas, los poderes fácticos y los medios de comunicación. Por otro lado, la desarticulación de mecanismos clásicos de protección y organización, por ejemplo en el trabajo industrial y rural, lleva a comportamientos colectivos las más de las veces esporádicos, de tipo corporativo y reactivos, más preocupados de la defensa de una situación puntualmente amenazada que de un proyecto con perspectivas, y siempre ligados a la demanda de intervención estatal, la que se sigue estimando como esencial, pero en la que se han perdido esperanzas. Estas dos tendencias predominantes en el modelo socioeconómico se entremezclan con otras de resistencia y otras que provienen de orientaciones clásicas de la sociedad chilena.

A ello hay que agregar un cambio en todas partes del mundo que se hizo sentir con más fuerza esta vez debido a la situación de crisis y a la propaganda mediática. Las transformaciones estructurales y culturales de la sociedad han marcado muy fuertemente la política en un doble sentido: de menor relevancia aparente para la resolución de los problemas dado el menor poder del Estado y la importancia de los poderes fácticos nacionales y transnacionales, y también de profunda modificación en su contenido dada la relativa pérdida de importancia de las ideologías globales de las que se desprendían los proyectos políticos. Estos pasan ahora a ser permeados por los imaginarios subjetivos y los temas cotidianos que provienen de los mundos de la vida (salud, libertad individual, autorrealización, sociabilidad, convivencia, seguridad, etc.) mientras otros temas, como el de la “propiedad” que era fundamental en los sesenta, pierden importancia. “Lo político”, es decir, la preocupación por la “buena sociedad” se expande y cambia de contenido, se llena de temas nuevos que provienen de los mundos de la vida, y desaparecen otros temas. Pero “la política”, es decir, la actividad política, por el contrario, se reduce y sigue haciendo más o menos lo mismo y los políticos perplejos y culposos la confunden con las tareas concretas de resolver problemas particulares y no de construcción de la sociedad.

N.R.: *En medio de todos estos deslizamientos y transformaciones, ¿cómo percibes el giro neopopulista que introduce Lavín en el tradicional repertorio político de la derecha chilena?*

M.A.G.: Lo que la derecha hace en todas partes del mundo, y que no había hecho en Chile por ser demasiado ideologizada y pinochetizada es, precisamente, orientar todos sus medios comunicativos a exacerbar el individualismo, autoritario y neoliberal o neopopulista, aunque sea dentro de marcos

democráticos y a despolitizar la política, convirtiéndola en mercado, espacio mediático o espectáculo. El gran mérito de la campaña comunicacional de Lavín es haber desideologizado, lo que en el caso chileno significa “despinoche-tizado”, el discurso de la derecha. Y lo que la campaña electoral de la derecha mostró fue precisamente esta doble cara del individualismo y de *marketing* y, paradójicamente, de llamado a que el Estado resolviera los problemas de la gente. En este sentido, sostengo que la campaña de Lavín fue la más tradicional de todas aunque usara una tecnología moderna, porque finalmente prometía que el Estado resolvería las preocupaciones de la gente, lo que es propio de los discursos más populistas o estatistas.

Ahora bien, desde mi punto de vista, esta visión neoliberal o derechista o como se le quiera llamar, fue hegemónica en la campaña presidencial en la primera y segunda vuelta. Todos sabemos que ella logró imponerse como campaña comunicacional; que hizo impacto en la estrategia comunicacional de la campaña de Lagos (no en él) y que llevó cambios en su equipo entre la primera y la segunda vuelta. Pero, entonces, si fue tan exitosa y avasalladora esta campaña de la derecha, si la gente cambió tanto en este tiempo: ¿cómo se explica que la derecha sólo haya aumentado cuatro puntos desde el Plesbicitto, recuperándose de su caída en las elecciones posteriores a éste, y que no haya arrasado? ¿Hay algún porcentaje significativo del 49% de Lagos en la primera vuelta que haya votado por el Sí o del 48% de Lavín que haya votado por el No? Y en la segunda vuelta, si hubo un cambio tan radical de estrategia de Lagos, ¿cómo se explica que Lavín haya aumentado su votación y que Lagos la haya aumentado estrictamente por el porcentaje de la izquierda que no votó por él en la primera vuelta? Por supuesto que el cambio en la campaña de Lagos influyó internamente y dio nuevos bríos a sus partidarios, pero no tuvo ningún efecto electoral.

Lo que quiero decir es que, en el caso chileno, las transformaciones estructurales y culturales han afectado muy significativamente las valoraciones de la gente, sus comportamientos y actitudes, pero no han afectado las opciones políticas que siguen sujetas al sustrato sociocultural político clásico, de derecha, centro e izquierda, sólo modificado por la opción dictadura-democracia. En eso consiste gran parte de nuestra modernidad y sólo un segmento menor no moderno, de máximo un diez por ciento, está afectado en sus opciones políticas por los cambios socioculturales. En la mayor parte de los otros ámbitos de la vida social, las opciones ya no remiten exclusivamente al campo ideológico-político como antes, sino a nuevas configuraciones y discursos pero, cuando se trata de política, la gente en su gran mayoría sigue optando políticamente, es decir, discierne desde la disyuntiva derecha, centro e izquierda, con predominio de la alianza entre estos dos últimos.

Lo que sí está por verse es cómo van a evolucionar estas opciones entre categorías políticas de derecha, centro e izquierda, en la medida que la sociedad no es la misma y que somos una mezcla de sociedad subdesarrollada, sociedad industrial de Estado nacional y sociedad postindustrial globalizada, eso sí que en el contexto latinoamericano, todo lo cual redefine el significado de estos

términos que fueron creados en un contexto sociohistórico muy modificado hoy día y con más cambios aún en el futuro.

En efecto, todas estas significaciones de derecha, centro e izquierda, fueron construidas para la sociedad que correspondía a una de estos tipos (subdesarrollado o en vías de desarrollo, industrial de Estado nacional, capitalismo dependiente latinoamericano y nacional). Hoy día somos todo eso a la vez; ha cambiado la noción de desarrollo para ir mucho más allá de lo puramente económico y, sobre todo, aparece un tipo societal nuevo: la sociedad post-industrial globalizada a la que se le llama también sociedad *red* o *del conocimiento* o *de la información*. Por supuesto que hay una derecha, un centro y una izquierda en este tipo societal que se combina con todos los otros en una determinada sociedad histórica o país. Sólo que su significación no es muy clara como no lo era en los albores de la sociedad industrial o de la sociedad independiente latinoamericana del siglo pasado o de la sociedad populista de este siglo. Y, como estamos en proceso de transformación, la gran mayoría de la gente define su opción política en Chile con las categorías de izquierda, centro o derecha de siempre. A partir de estas identidades históricas se irán redefiniendo los contenidos. Es decir, la gente no vive la política como una *tabula rasa*, sino que mezcla contenidos nuevos con formas clásicas y formas nuevas con contenidos clásicos. Y esto es lo que no entienden los analistas obnubilados con el modelo de mercado, el consumo de masas, la revolución tecnológica e informática o el poder mediático, entre los cuales hay muchos que se identifican con la izquierda pero cuyo pensamiento es claramente de derecha: afirmar que las opciones en política no son ya más en términos de derecha-centro-izquierda es la afirmación fundamental del pensamiento y de la política de derecha contemporáneos.

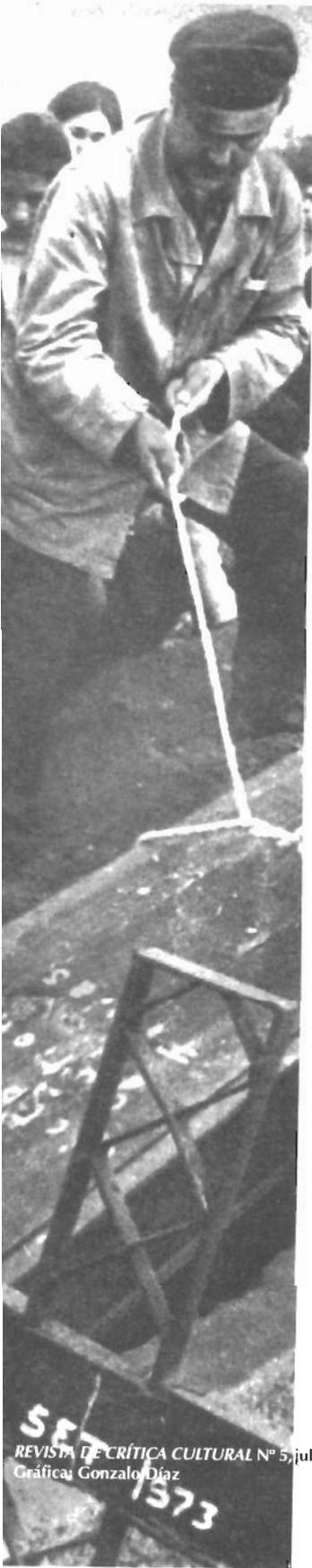
Y es por eso que es tan importante la discusión sobre el tipo de sociedad, sus nuevas contradicciones y las formas y actores que pueden superarlas. Es de ese debate, de esos conflictos ya presentes en nuestro país, pero cuyo sentido se expresa dificultosamente, que deben irse perfilando los contenidos de las categorías derecha, centro e izquierda y de la alianza de centro e izquierda. Y es en este contexto, que vale la pena analizar lo planteado por el Presidente Lagos en su discurso del 21 de mayo, excepcional por muchas razones que no cabe discutir aquí y lleno de grandes intuiciones que deben desarrollarse teórica y políticamente. La gran cuestión definida en ese discurso es la transformación tecnológica-instrumental en nuestra sociedad que adquiere su carácter más visible con Internet y que lleva a definir como problema central el acceso de todos a ese instrumento. Es evidente que ello define una parte de un proyecto progresista: la equidad en el acceso a los instrumentos del desarrollo. Pero falta la discusión del sentido que estas nuevas tecnologías son capaces de vehiculizar, y para qué tipo de sociedad. Uno podría afirmar que Internet es a la sociedad postindustrial globalizada lo que la máquina a vapor era para la sociedad industrial de Estado nacional (Jocelyn Holt diría "o la imprenta a la sociedad genéricamente moderna") y, por lo tanto, la gran cuestión del siglo XIX no era que todos tuvieran máquina a vapor, sino que ésta, que luego quedó obsoleta,

era portadora de las fábricas, de relaciones sociales de clases, de mercados, de un tipo de sociedad basado en el trabajo, etc. Nos falta discutir de qué sociedad se trata, yendo más allá de su instrumentalidad que luego quedará obsoleta: cuáles son las contradicciones nuevas que este nuevo tipo societal que se expresa tecnológicamente hoy en Internet acarrea y cómo redefine las contradicciones clásicas anteriores; qué actores, qué instituciones, intereses y poderes pone en juego y, para una mentalidad de izquierda, qué nuevas desigualdades genera (recordemos que la internetización de las escuelas pobres hizo bajar el rendimiento a los estudiantes, aumentando su distancia con los estudiantes de las escuelas de sectores medios y altos) y si, para su superación, basta el modelo empresarial o de emprendedores que algunos proponen.

N.R.: *La palabra "cambio" fue una de las palabras que se disputaron las campañas de Lagos y Lavín. La necesidad de operar un cambio enfatizada por Lagos al final de su campaña electoral ("escuchar a la gente", con todas las nuevas inflexiones puestas en lo directo y lo cercano, lo práctico y lo cotidiano) parecía reproducir, casi miméticamente, las consignas que Lavín había previamente introducido como novedad político-estilística en sus juegos de presentación. Luego, en los primeros meses de gobierno, se comienza a notar un tipo de liderazgo presidencial que indica la voluntad de readueñarse de la palabra "cambio".*

*¿Cómo crees tú que deba demarcarse políticamente la palabra "cambio" (una palabra que tiene un fuerte protagonismo en la historia del pensamiento de izquierda), para que no se confunda con un simple ajuste retórico destinado a sólo renovar las formas y estilos de los mensajes gubernamentales? ¿Cómo repolitizar la palabra "cambio" en una clave de izquierda? ¿A qué tendría que recurrir el imaginario socialista para volver a impulsar el deseo de nuevas fuerzas de cambio?*

M.A.G.: Cuando Lavín habló de cambio, confundía precisamente tres cosas: cambio en el estilo, en la gente que gobierna y, sobre todo, cambiar la naturaleza de la política para suprimirla como preocupación y construcción de la sociedad buena, es decir, terminar con la política. No hay que confundir, lo que muchos han hecho tanto en la derecha como en la Concertación, el *estilo* de la política con su *naturaleza*. La naturaleza de la política tiene que ver con la construcción de una sociedad en que la gente, los actores sociales, las organizaciones e instituciones puedan debatir y luchar, implementar proyectos y propuestas, es decir, políticas, de acuerdo a las visiones que tienen del bien de esa sociedad. Y eso no ha cambiado, aunque desgraciadamente se ha debilitado porque existe una ideología que suprime el contenido de la política y lo reemplaza por el estilo. Sin duda que hay que defender un estilo cercano a la gente, a los actores sociales, que los haga sentirse sujeto de los procesos políticos y no sólo del consumo o de los beneficios, y que ello forma parte de un proyecto democrático de izquierda, pero la política no podrá reducirse nunca a la suma de las preocupaciones de la gente. Porque éstas son muy diversas, variables y contradictorias, no siempre tienen un marco de prioridades ni miran el conjunto del país o el futuro de largo plazo o las causas más profundas de los problemas. Por eso la gente necesita de la política como un



REVISTA DE CRÍTICA CULTURAL Nº 5, julio 1992

Gráfica: Gonzalo Díaz

5 ET 1373

LA

TRANSICION

DEMOCRATICA

espacio de ideas, propuestas y proyectos más generales que le dé un sentido a la vida en sociedad. La política no sólo resuelve necesidades materiales y eso lo hace menos que antes, debido a la pérdida de poder del Estado, a la expansión del mercado, a la individualización y atomización de las relaciones sociales, a la diversificación de poderes en un mundo globalizado. Es, sobre todo, la búsqueda del sentido de vivir en sociedad. Y no deja de ser curioso que quienes más insisten en que la política responda a las preocupaciones de la gente, jamás consideran las opiniones e ideas de la gente cuando se trata de asuntos de preocupación pública, lo que quedó claramente demostrado cuando la gran mayoría del país saludó alegremente la detención de Pinochet en Londres y la clase política lo definió como un problema de soberanía nacional e hizo exactamente lo contrario a la demanda de justicia de la gente.

Por el contrario, el concepto de cambio en la izquierda es muy distinto, aunque exige también el cambio de los estilos tradicionales. Cuando la izquierda a lo largo y ancho de la historia y de los países, y eso incluye a Latinoamérica y Chile, ha hablado de cambio se refiere a un cambio en la sociedad en su conjunto, al tipo particular de sociedad en que se vive, la que históricamente se ha definido como sociedad capitalista, sea desarrollada, subdesarrollada o dependiente. Y frente a este tipo de sociedad, existía la propuesta de una sociedad alternativa que era la sociedad socialista. De ahí que, independientemente de las formas o métodos políticos, la propuesta era revolucionaria. El supuesto era que la sociedad tenía una contradicción fundamental, causa de todas las otras contradicciones que debía ser superada para alcanzar automáticamente otra sociedad sin contradicciones. Hoy estamos lejos de esa visión: la sociedad no puede definirse simplemente como capitalista en cualquier grado de avance, porque ello no da cuenta de la complejidad en los ámbitos sociales, culturales, políticos e incluso económicos, donde muchos aspectos no dependen del carácter capitalista. Es decir, no hay una contradicción fundamental esencial y única, sino un conjunto de contradicciones históricas y, por lo tanto, no hay “una” o “la” sociedad alternativa. En otras palabras, no hay “el” cambio en un determinado momento y lugar, ni un actor privilegiado que lo encarne como antes pudo ser el pueblo, la clase obrera o el partido. Sólo hay procesos permanentes de lucha contra contradicciones históricas que los diversos actores van definiendo a partir de principios éticos de libertad, igualdad, solidaridad, diversidad cultural, autorrealización o felicidad. Esto es extremadamente radical en el contenido y es un tábano persistente que cuestiona permanentemente las estructuras, los discursos, y las acciones, respecto no sólo de la explotación propia del capitalismo como lo hacía el socialismo clásico, sino respecto de todo tipo de alienaciones, explotaciones, opresiones, exclusiones, dominaciones, discriminaciones, desigualdades e injusticias. Y esto no lo puede hacer un actor único. Además de diversos sectores sociales no siempre coincidentes según los problemas a los que se enfrenten, esto supone, en el plano político, alianzas y coaliciones. En el seno de ellos, la responsabilidad de la izquierda es proveer un discurso y una práctica que mantenga viva la lucha del tábano, que le dé sentido y convierta en sujetos a los sectores más postergados y también

a los más creativos de la sociedad, que ponga la igualdad social y la diversidad cultural como ejes. Al mismo tiempo, la izquierda es la que tiene la responsabilidad de la crítica anticapitalista, pero a diferencia del discurso del Papa que es el único que parece tener hoy un discurso de crítica al capitalismo, éste tiene que estar inserto en una crítica a todos los otros atavismos de la sociedad.

En mi opinión, esto permite formarse un juicio respecto de las nuevas posiciones o propuestas para la izquierda que provienen de las sociedades más desarrolladas y que han cristalizado en lo que se llama la “tercera vía”, aun cuando en la última reunión cumbre en Alemania se haya dejado de lado esta denominación para reemplazarla por la idea de “estar a la altura de la modernidad globalizada”. La idea de una tercera vía alude a la distancia tanto respecto del neoliberalismo como de la socialdemocracia, lo que me parece un retroceso si se reduce la izquierda a este proyecto. Por lo demás cuando se habla de vías se postula una visión de sociedad a la que se aspira y aquí no está claro qué tipo de sociedad se busca. Por último, el posible acierto publicitario de la tercera vía, no encuentra expresión clara ni en actores sociales ni en políticas concretas que oponer al neoliberalismo o que puedan superar las políticas socialdemócratas. Sin duda que ella puede definir un espacio de convergencia o de alianza entre muchos sectores ideológico-políticos tanto en un país como en un contexto regional supranacional o a nivel mundial; puede ser incluso la mejor o única alianza viable a oponer a los grandes poderes fácticos nacionales y transnacionales, pero obviamente no agota ni con mucho (ni puede identificarse con) un proyecto de izquierda. Y, si es así, es en el seno de esta tercera vía, cuya crítica individualista y antiestatal a la socialdemocracia olvida que ésta es una de las grandes contribuciones de la izquierda a la historia de la humanidad, que habrá entonces que desarrollar el proyecto propio y específico de izquierda con los componentes antes indicados.

*N.R.: Cuando partes contraponiendo el “estilo” de la política a su “naturalidad”, reproduces una división forma-contenido (siempre bastante sospechosa) que las nuevas teorías de la comunicación social han desbaratado al dejar muy en claro que la política toma su forma –material– de discurso a través de los medios y de las mediaciones que la ponen diariamente en escena, por ejemplo, a través de la televisión. ¿No te parece que, al descuidar el rol estructurante de los medios y de las mediaciones en la configuración social de la política, se corre el riesgo de no entender bien todo lo que desborda el marco de análisis de la sociología política tradicional como, por ejemplo, las dimensiones simbólicas y expresivas, pero también los conflictos de enunciación y representación, de las identidades y de las prácticas sociales?*

*No creo que se pueda abordar lo social y lo político sin tomar en cuenta las múltiples formas según las cuales los medios (la hegemonía de lo audiovisual y sus retóricas publicitarias, el mercado de las imágenes de la globalización capitalista, etc.) procesan y controlan los intercambios diarios entre lo real, lo simbólico y lo imaginario, que entran en la definición y transformación de las subjetividades sociales.*

*M.A.G.: No nos compliquemos con sofisticaciones que impiden ver las cosas más evidentes. Lo que quiero decir es muy simple y no hay ninguna teoría*

que lo desbarate, como tú dices. El estilo de la política no agota la política, entre otras cosas porque eso que llamamos “estilo” es la suma, combinación o hibridación de muchos, contradictorios y diversos estilos. El estilo de la política cupular es distinto al estilo de la política asambleísta o de la política *mass* mediática o de la política tecnocrática o populista; el estilo democrático es distinto al autoritario o elitista. Y, en todos ellos, lo que la gente hace o dice, lo que se transforma en resultado de la actividad política, desborda el estilo. Si no fuera así, entonces habría que salirse del mundo *mass* mediático porque éste sólo transmitiría o condicionaría un tipo de mensaje. Tienes que aceptar que ante un estilo mediático o mensaje comunicacional, la gente o los actores sociales reaccionan de diferente manera, es decir, le dan contenidos distintos al mismo estilo. Y yo lo que quiero mostrar es que en la campaña presidencial, pese a que predominó el mismo *estilo*, la gente reaccionó en su gran mayoría con *contenidos* que se oponían a ese estilo: se impuso un estilo despolitizado y el resultado fue una respuesta absolutamente política en términos totalmente distintos al mensaje mediático de despolitización. Dicho de otra manera es falso, una ideología de algunos teóricos, pretender que el estilo es la política o que el medio por sí mismo es el mensaje, o que los discursos son los que generan las identidades o que el mundo es un texto o, como se dice ahora, una conversación. Quien afirme estas cosas está simplemente equivocado. Vivimos una época en que los medios de comunicación son estructurantes o constituyentes, como tú les llamas, pero no son ni con mucho los únicos estructurantes o constituyentes ni, a veces, los más importantes excepto para las cúpulas teóricas y tecnocráticas. Esto me parece tan anticuado que me recuerda al universo unidimensional de Marcuse o quienes en una época afirmaban que porque leíamos el Pato Donald teníamos que adherir, consciente, subconsciente, liminal o subliminalmente, a lo que ahí se planteaba ideológicamente.

N.R.: *Decir que los medios estructuran el universo discursivo de lo político, y señalar que no se les puede dar a las tecnologías comunicativas un valor simplemente instrumental, no equivale para nada a decir que estos medios controlan unidimensionalmente la percepción y la recepción sociales. Es evidente que los mensajes se ven alterados, resemantizados, por las variadas y contradictorias lecturas que operan de ellos sus diferentes receptores. Pero pasemos a otra cosa, ya que tocas el tema de la diversidad.*

*Durante la Transición, la oficialización del consenso normalizó lo social y lo político al precio de tener que reprimir los conflictos y antagonismos que eran susceptibles de desequilibrar su lógica —tan minuciosamente calculada— de los pactos, acuerdos y negociaciones. Esto quedó más que obvio en el caso de la memoria cuya expresividad contestataria fue completamente sofocada por esta voluntad de la Transición de neutralizar y desactivar el recuerdo de la violencia, y en cómo la explosión noticiosa del caso Pinochet operó un espectacular “retorno de lo reprimido” que hizo finalmente estallar el arreglo concertacionista y que volvió a poner en escena todo lo bloqueado y obstruido en materia de Derechos Humanos.*

*¿Crees tú que están actualmente dadas las condiciones para que la multiplicidad de lo social—con todos sus conflictos y antagonismos (desde la cuestión indígena a la cuestión del género, pasando por la cuestión de la memoria y de las disputas en torno al pasado)— se articule críticamente en el debate público?*

*Si trasladamos el asunto a una dimensión tan clave como la de los medios de prensa y la televisión o si, por ejemplo, lo trasladamos más directamente al caso de Televisión Nacional y de lo que debería o podría ser una televisión pública, ¿como evalúas la gestión de la Transición en materia de comunicaciones y qué sentido le darías hoy a la palabra “pluralismo” para que deje de nombrar esta especie de diversidad relajada y complaciente que promueven los medios?*

M.A.G.: Primero que nada, no hables de “la Transición” como si fuera un objeto dotado de voluntad por encima de los sujetos y actores de ese proceso que son los que, en definitiva, muestran voluntad y toman decisiones. Lo otro es volver a la idea de que la naturaleza de la transición era tal que llevaba inscrito todo lo que se hizo y que, como lo que se hizo fue insuficiente y plagado de errores, entonces no debía haberse llevado a cabo esa Transición. Es la posición de cierta izquierda representada por el PC (Partido Comunista de Chile) y sus intelectuales (recuerda que no querían ir a la “trampa” del plebiscito de 1988 que es el acto fundante de término de la dictadura) y también de cierto oficialismo conservador de la Concertación que le daba a la Transición una fuerza de ley de la naturaleza que imponía una sola forma de conducta. Lo que yo creo es que el liderazgo de la Concertación, junto a enormes éxitos en la tarea de “transitar” de una dictadura a un régimen postautoritario semidemocrático con gobiernos enteramente democráticos, en plantear inicialmente la cuestión de los Derechos Humanos (pensemos en la magna obra de la Comisión Rettig y sus efectos posteriores), en asegurar la estabilidad económica y corregir significativamente algunos aspectos del modelo económico, en restablecer la decencia y dignidad en este país, en realizar algunas reformas muy importantes de democratización y modernización de la sociedad, se equivocó en muchas cosas y se quedó corto en otras. Lo más importante es que definió mal la situación y puso las “restricciones” de la Transición como un dato inamovible. Ello se tradujo en que, por temor a una regresión autoritaria que era totalmente imposible, no se quiso avanzar más en la superación de los enclaves autoritarios institucionales (Constitución), en las cuestiones de justicia en materia de Derechos Humanos y en la reforma más radical al modelo económico-social. Esto modeló un estilo de política en el caso del gobierno de Aylwin, mal llamado “democracia de consensos”, donde no se logró ningún consenso sustantivo en los grandes temas que dividían al país y donde se eliminó más bien el debate sobre ellos, y donde se privilegió una serie de acuerdos copulares que consolidaron la situación democrática pero también los enclaves autoritarios. La política Boeninger-Correa creó nuevos amarres o enclaves a la postre contrarios a la línea de democratización y modernización, por ejemplo, la institucionalidad laboral, medioambiental y tributaria, la descentralización, regionalización y municipalización, la televisión y comunicación públicas, la educación superior, etc. Sobre ninguno de estos puntos hubo consensos, por-

que no hubo debates. Al menos en el tema de los Derechos Humanos hubo enorme preocupación aunque poco avance institucional en el tema de justicia. El gobierno de Frei sólo empeoró cada uno de estos aspectos, fue nulo en su conducción política y en la preocupación por los Derechos Humanos, por lo que la situación político-institucional del país quedó congelada al momento de la instalación democrática postdictatorial.

Pero los procesos sociales siguen una dinámica que va más allá del gobierno. Sin el trabajo de organizaciones de la sociedad como la de los Familiares de los Detenidos Desaparecidos, de los abogados de Derechos Humanos y de políticos de partidos de izquierda y de la DC (Democracia Cristiana), no habría habido detención de Pinochet en Londres; sin el trabajo de organizaciones académicas, ONG, parlamentarios de partidos de la Concertación, no habría habido las nuevas leyes sobre género, por citar sólo dos ejemplos. Lo que quiero decir es que tanto por razones políticas como estructurales, se produjo por primera vez en la historia contemporánea de Chile, una disociación entre la clase política y actores sociales: los viejos actores quedaron sin su columna vertebral que eran los partidos de centro e izquierda, ahora preocupados de administrar lo que quedaba de la Transición, y tuvieron que reciclarse haciéndose más corporativos y menos universales; los nuevos o emergentes, sin representación tradicional tuvieron que hacer sus demandas siempre a través del filtro partidario que seguía existiendo pero era menos significativo y “estaba en otra”. Por otro lado, como no hubo política comunicacional del Estado sino concentración de medios privados, desaparecieron espacios que existían en la dictadura aunque en un contexto de falta de libertades públicas, lo que significó que en aquella época podíamos escribir o hablar y corríamos el riesgo de la vida o la prisión o el exilio; hoy en día en cambio no corremos ninguno de esos riesgos pero no tenemos dónde hablar o escribir.

Todo ello implicó una reproducción de la distancia política-sociedad, con un retraso de la expresión política de los nuevos temas de la agenda socio-cultural y un tratamiento estrictamente cupular de los grandes problemas en que no hay base social organizada sino públicos consumidores o audiencias televisivas. Todo ello explica, y no justifica, el retraso político institucional en relación a los nuevos problemas de la sociedad. Y esto nos lleva al tema de la televisión y comunicación pública. Creo que junto con la cuestión de la educación superior, son dos de las áreas más desastrosas de las políticas de gobierno. Lo que hay es una crisis radical del modelo de televisión pública, que no es estrictamente una televisión pública: es simplemente un arreglo partidario que opera como todo canal privado y su pluralismo, estrictamente partidario, oculta y escamotea la pluralidad de la sociedad a través del mismo mensaje unidimensional de todos los canales privados: el que determina el mercado y el *rating*. En ambos casos sólo cabe una revisión radical de la institucionalidad y su funcionamiento.

N.R.: *Cuando yo hablaba de “la Transición” no me refería a ningún meta-sujeto abstracto y todopoderoso pero sí a una dominante, es decir, a un conjunto de*

*discursividades oficiales cuyo ensamblaje programado va marcando una tendencia mayoritaria de sentido, pese a las disonancias y contradicciones de voces que, sin duda, existen en su interior. El dispositivo llamado "Transición" hizo prevalecer hegemónicamente una determinada tendencialidad de sentido —la moderación y resignación de su "democracia de los acuerdos"— para legitimar y controlar las definiciones de lo social y de lo político en cuyo formato fuimos llamados a reconciliarnos. Y si algo puso precisamente en evidencia el caso "Pinochet" cuando estalló la noticia de su detención, es el desajuste existente entre el diseño formal de la Transición (como arreglo y convención político-institucionales) y las prácticas sociales que se manifestaron, por ejemplo, en la combatividad de los flujos de acción y expresión callejeras que terminaron desbordando la matriz oficial que había tratado de sujetarlos.*

*Pero, y para terminar, quiero preguntarte ¿cuáles son los gestos o decisiones que consideras más emblemáticos del efecto-Lagos que pudimos apreciar en estos primeros meses de gestión presidencial?*

M.A.G.: Yo creo que lo más significativo es que tenemos un Presidente que ejerce claramente un liderazgo y ordena la agenda y el debate políticos al mismo tiempo que, efectivamente, gobierna. Después de la nulidad de Frei en que nunca nadie supo de qué trataba el gobierno o quién gobernaba y donde la política quedó reducida a su máximo desprestigio, no por represión como en la dictadura sino por incapacidad, es fundamental retomar la idea de que es posible un proyecto nacional y movilizar energías sociales en torno a ello: el Presidente está en todas partes, en todos los temas y siempre en contacto con sectores sociales. Que lo haga un Presidente laico, de tradición de izquierda y progresista, sólido en sus principios y abierto a las circunstancias, con un conocimiento enorme de las dificultades y oportunidades, con una intuición superior de los problemas y soluciones, es algo que todo el mundo valora y reconoce: se han revertido a favor los datos electorales y la oposición simplemente está de espaldas. Veo dos campos de preocupación hacia adelante. El primero tiene que ver con la posibilidad de mantener un estilo y un ritmo en que el Presidente lo hace todo: es Presidente, gabinete y asesores a la vez, y muchas veces pareciera tener mucho más claras las cosas que sus colaboradores a los que tiene que, en los hechos, enmendarles la plana, como ocurrió con el famoso tema de la entrevista con la derecha. El problema no es sólo de agotamiento y desgaste, sino de estar sometido siempre en la primera fila: la percepción creciente que el Presidente es fuera de serie pero que el resto del gobierno es débil puede ser muy funcional en un comienzo, pero un problema en el futuro cuando se acaba el período de gracia inicial y sean precisamente los colaboradores de gobierno los que tengan que enfrentar las tareas. La segunda preocupación es más importante y tiene que ver con los contenidos. Precisamente, el estilo mencionado genera cierta confusión sobre las prioridades programáticas (no porque no haya iniciativas: las hay y muchas) sino en cuanto al sentido y orientación de ellas en un contexto en que la cuestión no es la suma de iniciativas sino su sentido. Pongo tres ejemplos de áreas que conozco. El primero es referido a la educación: no

se ve aún qué se hará en términos de reformas profundas por las que todos claman, más allá de mejorar significativamente el acceso a la educación de los sectores con menores recursos. El segundo ejemplo tiene que ver con el proyecto de fijar límites al gasto electoral: esto transmite una señal ambigua al plantear el problema en términos de gasto “excesivo”, lo que refuerza la percepción que se gasta mucho en algo no necesario y no la idea de que el problema real consiste en la desigualdad de ese gasto, y fundamentalmente, en el financiamiento público de la actividad política: en lo que permite el control y transparencia de lo que ocurre en Educación y Defensa y que debiera ocurrir también en Comunicaciones y Política. El tercer ejemplo tiene que ver con la propuesta de inscripción automática y voto voluntario: lo primero me parece indispensable, pero el voto voluntario significa un retroceso en la historia del país al dar la señal de que el voto es sólo un derecho, como si la política de un país fuera un espacio de consumo, un mercado, al que se entra y del que se sale cuando se quiere, y no una obligación de construcción de sociedad como son pagar impuestos o tener educación básica. Insisto en que no estoy criticando una gestión que creo sobresaliente, sino marcando áreas de preocupación para el futuro.

N.R.: *Ya que comenzamos hablando de derecha e izquierda, ¿cuáles son los debates que deberían atravesar el espacio público de estos próximos años para operar necesarias demarcaciones de posturas y dotar al pensamiento de izquierda de un nuevo filo crítico? ¿Cómo percibes el actual clima de discusión, tanto político-ideológico como crítico-intelectual, en la Concertación, frente a los nuevos desafíos de la izquierda y del socialismo?*

M.A.G.: Yo creo que la gran cuestión es la reconstrucción de una comunidad política, de un país como una *polis*. El gran salto no es económico, aunque deba tener repercusiones en este campo, sino político-cultural: cómo se controla y regula la economía, cómo se devuelve un papel dirigente al Estado, cómo se disminuyen las desigualdades, cómo se potencia la diversidad, cómo se fortalecen los sistemas de representación y participación y los actores sociales, es decir, cómo se construye un país en el espacio latinoamericano y en el mundo globalizado. Esta gran cuestión que significa resolver la contradicción entre una economía globalizada y una sociedad –transformando radicalmente sus instituciones (como las comunicaciones, la educación superior, la descentralización, la salud, los espacios públicos; las que rigen las relaciones de género y étnicas, etc.)– atraviesa todos los campos de políticas concretas. Pero todo esto requiere, como condición, la solución del problema del pasado en dos campos: un verdadero consenso constitucional y un consenso en materia de justicia respecto de los crímenes cometidos durante la dictadura. En la cuestión de los Derechos Humanos, hay que aceptar que la conciencia nacional ya no sólo reclama como imprescindibles la verdad y reparación en materia de Detenidos-Desaparecidos, sino que plantea, como imperativo ético para ser un país, la *justicia*, es decir, una señal que diga que no hay impunidad, porque creo que la impunidad ha sido

el signo distintivo de nuestra cultura en las últimas décadas, penetrando todos los planos de nuestra sociedad e impidiendo que nos constituyamos como una comunidad nacional.

Sigo pensando que no hay otro actor político para todas estas tareas que la Concertación y que el liderazgo de Lagos y de la izquierda en ella son la mejor posibilidad para enfrentarlas con éxito, en la medida en que se implanten estos debates en la sociedad y en que los actores políticos se atengan a las consecuencias que estos debates acarreen en materia de políticas. Sigo pensando que la tarea es repolitizar creativamente la sociedad. Con la misma claridad, creo que hasta ahora, en el seno de la Concertación y sus partidos, con algunas excepciones entre las que se cuenta el Presidente Lagos, este debate no existe: se actúa sólo en función de coyunturas y de administración sin parecer estar consciente de lo que está en juego.